

BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO

AL

LICENCIADO JOAQUÍN D. CASASÚS,

EN LA NOCHE

DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1905.



SEÑORES:

CICERÓN, queriendo dar una idea del egoísmo, humano, en el lenguaje sentencioso que le era peculiar, dijo: «*Las lágrimas que hace derramar el dolor ajeno se secan pronto;*» y aun cuando no debe ponerse en duda lo que haya de verdad en las palabras del gran orador latino, fuerza es convenir en que ellas no son ciertas en todas las ocasiones de la vida, porque aún rebosa en vuestros corazones el contento que en ellos despertaran las últimas y gratas satisfacciones que yo he experimentado, y porque la sonrisa que ese contento hiciera asomar á vuestros labios perdura en ellos todavía.

Elocuente prueba de ello es la suntuosa y espléndida fiesta que habéis organizado en honor mío, los testimonios de invariable afecto que vosotros me habéis dado, vuestro esfuerzo empeñoso en celebrar conmigo la altísima muestra de con-

fianza que del Sr. Presidente de la República he recibido, al nombrarme su representante cerca de el Gobierno de Los Estados Unidos de América, y las palabras llenas de elogios y por todo extremo cariñosas que en vuestro nombre acaba de dirigirme el anciano venerable que nos enseña todos los encantos que tiene el hermoso atardecer de una vida pura y serena, y de quien yo pudiera decir con más razón lo que Homero dijo de Néstor en la Iliada: *«que de sus labios fluyeron siempre palabras más dulces que la miel.»*

No; vosotros no habéis sido egoístas, antes habéis sido benévolos y generosos; porque habéis exagerado, por cariño, el valor de los muy escasos merecimientos míos y porque me habéis proporcionado una de las más gratas satisfacciones que puede un hombre experimentar en la vida: la de verse rodeado de sus amigos, sentirse festejado por ellos y adquirir por esta causa la seguridad de haber llegado á merecer de ellos, á la vez su cariño y su estimación.

Siempre han considerado los seres humanos como el bien supremo tener á lo menos un amigo; tener, obedeciendo á una irresistible necesidad de nuestra naturaleza, que nos impulsa á amarnos los unos á los otros, una persona á quien nos atrevamos hablar como si habláramos con nosotros mismos, alguien con quien compartir nuestras di-

chas para que no se desvanezca su encanto al disfrutarlas nosotros solos, ó nuestras penas para que ellas pierdan en rigor cuanto nosotros ganemos en consuelo; alguien que sea una mano para nuestro apoyo y un estímulo para nuestros desfallecimientos y una fuerza para nuestra debilidad, y al mismo tiempo un consejero para nuestras dudas, un perdón para nuestros errores, un juez para nuestras acciones, un maestro cuyas enseñanzas aprender, un guía cuyos pasos seguir y un ejemplo cuyas virtudes imitar; y yo veo con singular complacencia y con satisfacción íntima, que puedo enorgullecerme de tener no sólo un amigo, sino muchos, que han sido para mí, lo que el amigo es siempre en la vida de los hombres.

Por eso encuentro entre vosotros los rostros para mí muy conocidos de algunos que para mí fueron amparo y protección, de los que en mí produjeron una emulación útil y sana, de aquellos en quienes siempre encontré maestros sabios y consejeros prudentes, y de varios que me sirvieron de orgullo legítimo y de ejemplo noble; y por eso hallo en vosotros todos la benevolencia que perdona, el estímulo que alienta, el aplauso que conforta, la fuerza que apoya y el cariño sin límites que premia.

Busquen los políticos, correligionarios; los apóstoles, adeptos; secuaces, los sectarios; discípulos, los

maestros; creyentes, los sacerdotes; que yo habré de buscar tan sólo amigos, amigos como vosotros, de quienes el infortunio no me aparte, ni los intereses me dividan, ni la prosperidad me aleje, ni la ausencia me separe; porque amigos como esos son los activos colaboradores de nuestra vida, los que nos hacen amar lo bueno para hacer el bien, y los invisibles obreros de nuestro porvenir.

Es indudable que la amistad, así concebida, como vosotros y yo la concebimos, es un sentimiento creador y fecundo y en tal grado, que así como habríamos de dejar vacío y convertido en un páramo desierto el Universo si le arrancáramos el sol, condenaríamos la labor humana á una incurable esterilidad, si arrancáramos la amistad del corazón de los hombres.

Permitidme que profundamente emocionado y lleno mi corazón de gratitud inmensa, os exprese mi reconocimiento por esta manifestación de simpatía con que en tan alto grado me honrais, solemne por la espontaneidad con que ha sido hecha, gratísima por el afecto que la inspira y sin ejemplo porque en ella contrastan de modo asaz sensible la grandeza de vuestra benevolencia con la pequeñez de los méritos míos que con ella queréis premiar.

Un recuerdo imborrable guardará mi memoria

de esta fiesta, y cuando lejos de vosotros y consagrado al cumplimiento de mis nuevos deberes, sienta resonar en mi alma el eco nunca extinguido de vuestras palabras de cariño, pensaré con nostálgica ternura, que habéis querido dejarme al partir un motivo más para no apartar nunca mis ojos del lejano horizonte donde siempre habré de ver flotar la imagen de la Patria, imán irresistible de nuestros deseos é ideal supremo de todos nuestros amores.

Señores: Al renovaros las protestas de mi agradecimiento, acompañadme á brindar por vuestra felicidad; y al brindar por vosotros, brindemos, todos por vuestros huéspedes distinguidos, que al honrar la invitación vuestra han querido honrarme á mí también, y por el Sr. Presidente de la República á quien todos consideramos con justicia como el autor de nuestra regeneración política y á quien estimamos con el símbolo más puro del progreso, del engrandecimiento y de la prosperidad de la Patria.

